

grandes obras, y va todo caminando al destino señalado en los arcanos del Eterno.

He aquí cómo se concibe la marcha de la humanidad, he aquí la norma del estudio filosófico de la historia, he aquí el modo de comprender el influjo de esas ideas fecundas, de esas instituciones poderosas que aparecen de vez en cuando entre los hombres para cambiar la faz de la tierra. En semejante estudio, y cuando se descubre obrando en el fondo de las cosas una idea fecunda, una institución poderosa, lejos de asustarse el ánimo por encontrar alguna irregularidad, se complace y se alienta; porque es excelente señal de que la idea está llena de verdad, de que la institución rebosa de vida, cuando se las ve atravesar el caos de los siglos, y salir enteras de entre los mas horrorosos sacudimientos. Que estos ó aquellos hombres no se hayan regido por la idea, que no hayan correspondido al objeto de la institución, nada importa, si la institución ha sobrevivido á los trastornos, si la idea ha sobrenadado en el borrascoso piélago de las pasiones. Entonces el mentar las flaquezas, las miserias, la culpa, los crímenes de los hombres, es hacer la mas elocuente apología de la idea y de la institución.

Mirados los hombres de esta manera, no se los saca de su lugar propio, ni se exige de ellos lo que racionalmente no se puede exigir. Encajonados, por decirlo así, en el hondo cauce del gran torrente de los sucesos, no se atribuye á su inteligencia ni voluntad, mayor esfera de la que les corresponde; y sin dejar por eso de apreciar debidamente la magnitud y naturaleza de las obras en que tomaron parte, no se da exagerada importancia á sus personas, honrándolas con encomios que no merezcan, ó achacándoles cargos injustos. Entonces no se confunden monstruosamente tiempos y circunstancias; el observador mira con sosiego y templanza los acontecimientos que se van desplegando ante sus ojos; no habla del imperio de Carlo Magno, como hablar pudiera del imperio de Napoleon, ni se desata en agrias inyectivas contra Gregorio VII, porque no siguió en su política la misma línea de conducta que Gregorio XVI.

Y cuenta que no exijo del historiador filósofo una impasible indiferencia por el bien y por el mal, por lo justo y lo injusto; cuenta que no reclamo indulgencia para el vicio, ni pretendo que se escaseen los elogios á la virtud; no simpatizo con esa escuela

histórica fatalista, que ha vuelto á presentar sobre el mundo el destino de los antiguos: escuela que si estendiera mucho su influencia, malograria la mas hermosa parte de los trabajos históricos, y ahogaria los destellos de las inspiraciones mas generosas. En la marcha de la sociedad, veo un plan, veo un concierto, mas no ciega necesidad; no creo que los sucesos se revuelvan y barajen en confusa mezclanza en la oscura urna del destino, ni que los hados tengan ceñido el mundo con un aro de hierro.

Veo, sí, una cadena maravillosa tendida sobre el curso de los siglos; pero es cadena que no embarga el movimiento de los individuos ni de las naciones; que ondeando suavemente, se aviene con el flujo y reflujo demandado por la misma naturaleza de las cosas; que con su contacto, hace brotar de la cabeza de los hombres pensamientos grandiosos: cadena de oro que está pendiente de la mano del Hacedor Supremo, labrada con infinita inteligencia y regida con inefable amor.

CAPITULO XIV.

EN qué estado encontró al mundo el cristianismo? Pregunta es esta en que debemos fijar mucho nuestra atención, si queremos apreciar debidamente los beneficios dispensados por esa religion divina al individuo y á la sociedad; si deseamos conocer el verdadero carácter de la civilizacion cristiana.

Sombrío cuadro por cierto presentaba la sociedad, en cuyo centro nació el cristianismo. Cubierta de bellas apariencias, y herida en su corazon con enfermedad de muerte, ofrecia la imagen de la corrupcion mas asquerosa, velada con el brillante ropaje de la ostentacion y de la opulencia. La moral sin basa, las costumbres sin pudor, sin freno las pasiones, las leyes sin sancion, la religion sin Dios, flotaban las ideas á merced de las preocupaciones, del fanatismo religioso, y de las cavilaciones filosóficas. Era el hombre un hondo misterio para sí mismo, y ni sabia estimar su dignidad, pues que consentia que se le rebajase al nivel de los brutos; ni cuando se empeñaba en ponderarla, acer-

taba á contenerse en los lindes señalados por la razon y la naturaleza: siendo á este propósito bien notable, que mientras una gran parte del humano linage gemia en la mas abyecta esclavitud, se ensalzase con tanta facilidad los héroes, y hasta los mas detestables monstruos, sobre las aras de los dioses.

Con semejantes elementos, debia cundir tarde ó temprano la disolucion social; y aun cuando no hubiera sobrevenido la violenta arremetida de los bárbaros, mas ó menos tarde aquella sociedad se hubiera trastornado: porque no habia en ella ni una idea fecunda, ni un pensamiento consolador, ni una vislumbre de esperanza que pudiese preservarla de la ruina.

La idolatría habia perdido su fuerza; resorte gastado con el tiempo y por el uso grosero que de él habian hecho las pasiones, espuesta su frágil contestura al disolvente fuego de la observacion filosófica, estaba en extremo desacreditada; y si por efecto de arraigados hábitos ejercia sobre el ánimo de los pueblos algun influjo maquinal, no era este capaz ni de restablecer la armonía de la sociedad, ni de producir aquel fogoso entusiasmo, inspirador de grandes acciones: entusiasmo, que en tratándose de corazon virgenes, puede ser excitado hasta por la supersticion mas irracional y absurda. A juzgar por la relajacion de costumbres, por la flojedad de los ánimos, por la afeminacion y el lujo, por el completo abandono á las mas repugnantes diversiones y asquerosos placeres, se ve claro que las ideas religiosas nada conservaban de aquella magestad que notamos en los tiempos heroicos, y que faltas de eficacia ejercian sobre el ánimo de los pueblos escaso ascendiente, mientras servian de un modo lamentable como instrumentos de disolucion. Ni era posible que sucediese de otra manera: pueblos que se habian levantado al alto grado de cultura de que pueden gloriarse griegos y romanos, que habian oido disputar á sus sabios sobre las grandes cuestiones acerca de la Divinidad y el hombre, no era regular que permaneciesen en aquella candidez que era necesaria para creer de buena fé los intolerables absurdos de que rebosa el paganismo; y sea cual fuere la disposicion de ánimo de la parte mas ignorante de pueblo, á buen seguro que lo creyeran cuantos se levantaban un poco sobre el nivel regular, ellos que acababan de oír filósofos tan cuerdos como Ciceron, y que se estaban saboreando en las maliciosas agudezas de sus poetas satíricos.

Si la religion era impotente, quedaba al parecer otro recurso; *a ciencia*. Antes de entrar en el exámen de lo que podia esperarse de ella, es necesario observar que jamas la ciencia fundó una sociedad, ni jamas fué bastante á restituírle el equilibrio perdido. Revuélvase la historia de los tiempos antiguos; hallaránse al frente de algunos pueblos hombres eminentes que, ejerciendo un mágico influjo sobre el corazon de sus semejantes, dictan leyes, reprimen abusos, rectifican las ideas, enderezan las costumbres, y asientan sobre sabias instituciones un gobierno, labrando mas ó menos cumplidamente la dicha y la prosperidad de los pueblos que se entregaron á su direccion y cuidado. Pero muy errado anduviera quien se figurase que esos hombres procedieron á consecuencia de lo que nosotros llamamos combinaciones científicas: sencillos por lo comun y hasta rudos y groseros, obraban á impulsos de su buen corazon, y guiados por aquel buen sentido, por aquella sesuda cordura, que dirigen al padre de familia en el manejo de los negocios domésticos; mas nunca tuvieron por norma esas miserables cavilaciones que nosotros apellidamos teorías, ese fárrago indigesto de ideas que nosotros disfrazamos con el pomposo nombre de ciencia. ¿Y qué? ¿Fueron acaso los mejores tiempos de la Grecia aquellos en que florecieron los Platones y los Aristóteles? Aquellos fieros romanos que sojuzgaron el mundo no poseian por cierto la estension y variedad de conocimientos que admiramos en el siglo de Augusto; ¿y quién trocara sin embargo unos tiempos con otros tiempos, unos hombres con otros hombres?

Los siglos modernos podrian tambien suministrarnos abundantes pruebas de la esterilidad de la ciencia en las instituciones sociales; cosa tanto mas fácil de notar cuando son tan patentes los resultados prácticos que han dimanado de las ciencias naturales. En estas diríase que se ha concedido al hombre lo que en aquellos le fué negado; si bien que mirada á fondo la cosa no es tanta la diferencia como á primera vista pudiera parecer. Cuando el hombre trata de hacer aplicacion de los conocimientos que ha adquirido sobre la naturaleza, se ve forzado á respetarla; y como aunque quisiese, no alcanzara con su débil mano á causarle considerable trastorno, se limita en sus ensayos á tentativas de poca monta, escitándole el mismo deseo del acierto, á obrar conforme á las leyes á que están sujetos los cuerpos sobre los cuales

se ejercita. En las aplicaciones de las ciencias sociales sucede muy de otra manera: el hombre puede obrar directa é inmediatamente sobre la misma sociedad; con su mano puede trastornarla, no se ve por precision limitado a practicar sus ensayos en objetos de poca entidad y respetando las eternas leyes de las sociedades, sino que puede imaginarlas á su gusto, proceder conforme á sus cavilaciones, y acarrear desastres de que se lamente la humanidad. Recuérdense las extravagancias que sobre la naturaleza han corrido muy válidas en las escuelas fiosóficas antiguas y modernas, y véase lo que hubiera sido de la admirable máquina del universo, si los filósofos la hubieran podido manejar á su arbitrio. Por desgracia no sucede así en la sociedad: los ensayos se hacen sobre ella misma, sobre sus eternas bases, y entonces resultan gravísimos males, pero males que evidencian la debilidad de la ciencia del hombre. Es menester no olvidarlo; la ciencia, propiamente dicha, vale poco para la organizacion de las sociedades; y en los tiempos modernos que tan orgullosa se manifiesta por su pretendida fecundidad, será bien recordarle, que atribuye á sus trabajos lo que es fruto del trascurso de los siglos, del sano instinto de los pueblos, y á veces de las inspiraciones de un genio: y ni el instinto de los pueblos ni el genio, tienen nada de parecido á la ciencia.

Pero dando de mano á esas consideraciones generales, siempre muy útiles como que son tan conducentes para el conocimiento del hombre, ¿qué podia esperarse de la falsa vislumbre de ciencia que se conservaba sobre las ruinas de las antiguas escuelas, á la época de que hablamos? Escasos como eran en semejantes materias los conocimientos de los filósofos antiguos, aun de los mas aventajados, no puede menos de confesarse que los nombres de Sócrates, de Platon, de Aristóteles, recuerdan algo de respetable; y que en medio de desaciertos y aberraciones, ofrecen conceptos dignos de la elevacion de sus genios. Pero cuando apareció el Cristianismo, estaban sufocados los gérmenes del saber esparcidos por aquellos grandes hombres: los sueños habian ocupado el lugar de los pensamientos altos y fecundos, el prurito de disputar reemplazaba el amor de la sabiduría, y los sofismas y las cavilaciones se habian sustituido á la madurez del juicio y á la severidad del racionio. Derribadas las antiguas escuelas, formadas de sus escombros otras tan estériles como extrañas,

brotaba por todas partes cuantioso número de sofistas, como aquellos insectos inmundos que anuncian la corrupcion de un cadáver. La Iglesia nos ha conservado un dato preciosísimo para juzgar de la ciencia de aquellos tiempos; la historia de las primeras heregías. Si prescindimos de lo que en ellas indigna, cual es su profunda inmoralidad, ¿puede darse cosa mas vacía, mas insulsa, mas digna de lástima (14)?

La legislacion romana tan recomendable por la justicia y equidad que entraña, y por el tino y sabiduría con que resplandece, si bien puede contarse como uno de los mas preciosos esmaltes de la civilizacion antigua, no era parte sin embargo á prevenir la disolucion de que estaba amenazada la sociedad. Nunca debió esta su salvacion á juriconsultos; porque obra tamaña no está en la esfera del influjo de la jurisprudencia. Que sean las leyes tan perfectas como se quiera, que la jurisprudencia se haya levantado al mas alto punto de esplendor, que los juriconsultos estén animados de los sentimientos mas puros, que vayan guiados por las miras mas rectas, ¿de qué servirá todo esto, si el corazon de la sociedad está corrompido, si los principios morales han perdido su fuerza, si las costumbres están en perpetua lucha con las leyes?

Ahí están los cuadros que de las costumbres romanas nos han dejado sus mismos historiadores, y véase si en ellos se encuentran retratadas la equidad, la justicia, el buen sentido, que han merecido á las leyes romanas el honroso dictado de *razon escrita*.

Como una prueba de imparcialidad omito de propósito el notar los lunares de que no carece el derecho romano; no fuera que se me achacase que trato de rebajar todo aquello que no es obra del Cristianismo. No debe sin embargo pasarse por alto, que no es verdad que al Cristianismo no le cupiese ninguna parte en la perfeccion de la jurisprudencia romana; no solo con respecto al periodo de los emperadores cristianos, lo que no admite duda, sino tambien hablando de los anteriores. Es cierto que algun tiempo antes de la venida de Jesucristo era muy crecido el número de las leyes romanas, y que su estudio y arreglo llamaba la atencion de los hombres mas ilustres. Sabemos por Suetonio (*in Cæsa. c. 44*) que Julio Cesar se habia propuesto la utilísima tarea de reducir á pocos libros, lo mas selecto y necesario que andaba desparramado en la inmensa abundancia de leyes; un

pensamiento semejante habia ocurrido á Ciceron, quien escribió un libro sobre la redaccion metódica del derecho civil, (*De jure civili in arte redigendo*) como atestigua Gellio, (*Noct. Att. l. 1 c. 22*); y segun nos dice Tácito (*Ann. l. 3 c. 28*) este trabajo habia tambien ocupado la atencion del emperador Augusto. Esos proyectos revelan ciertamente que la legislacion no estaba en su infancia; pero no deja por ello de ser verdad, que el derecho romano tal como le tenemos, es casi todo un producto de siglos posteriores. Varios de los jurisconsultos mas afamados, y cuyas sentencias forman una buena parte del derecho, vivian largo tiempo despues de la venida de Jesucristo; y las constituciones de los emperadores llevan en su propio nombre el recuerdo de su época.

Asentados estos hechos, observaré que por ser paganos los emperadores y los jurisconsultos, no se infiere que las ideas cristianas dejasen de ejercer influencia sobre sus obras. El número de los cristianos era inmenso por todas partes; la misma crueldad con que se los habia perseguido, la heroica fortaleza con que arrostraban los tormentos y la muerte, debian de haber llamado la atencion de todo el mundo: y es imposible que entre los hombres pensadores no se excitara la curiosidad de examinar, cuál era la enseñanza que la religion nueva comunicaba á sus prosélitos. La lectura de las apologías del Cristianismo escritas ya en los primeros siglos con tanta fuerza de racionio y elocuencia, las obras de varias clases publicadas por los primeros padres, las homilias de los obispos dirigidas á los pueblos, encierran un caudal tan grande de sabiduría, respiran tanto amor á la verdad y á la justicia, proclaman tan altamente los eternos principios de la moral, que no podia menos de hacerse sentir su influencia aun entre aquellos que condenaban la religion del Crucificado.

Cuando van estendiéndose doctrinas que tengan por objeto aquellas grandes cuestiones que mas interesan al hombre, si estas doctrinas son propagadas con fervoroso celo, aceptadas con ardor por un crecido número de discípulos, y sustentadas con el talento y el saber de hombres ilustres, dejan en todas direcciones hondos sulcos y afectan aun á aquellos mismos que las combaten con acaloramiento. Su influencia en tales casos es imperceptible, pero no deja de ser muy real y verdadera; se asemejan á aquellas exhalaciones de que se impregna la atmósfera: con el

aire que respiramos absorbemos á veces la muerte, á veces un aroma saludable que nos purifica y conforta.

No podia menos de verificarse el mismo fenómeno con respecto á una doctrina predicada de un modo tan extraordinario, propagada con tanta rapidez, sellada su verdad con torrentes de sangre, y defendida por escritores tan ilustres como Justino, Clemente de Alejandria, Ireneo y Tertuliano. La profunda sabiduría, la embelesante belleza de las doctrinas esplanadas por los doctores cristianos, debian de llamar la atencion hácia los manantiales donde las bebian; y es regular que esa picante curiosidad pondria en manos de muchos filósofos y jurisconsultos los libros de la Sagrada Escritura. ¿Qué tuviera de extraño que Epicteto se hubiese saboreado largos ratos en la lectura del *sermon sobre la montaña*; ni que los oráculos de la jurisprudencia, recibiesen sin pensarlo las inspiraciones de una religion que creciendo de un modo admirable en estension y pujanza, andaba apoderándose de todos los rangos de la sociedad? El ardiente amor á la verdad y á la justicia, el espíritu de fraternidad, las grandiosas ideas sobre la dignidad del hombre, temas perpetuos de la enseñanza cristiana, no eran para quedar circunscritos al solo ámbito de los hijos de la Iglesia. Con mas ó menos lentitud, ibanse filtrando por todas las clases; y cuando con la conversion de Constantino adquirieron influencia política y predominio público, no se hizo otra cosa que repetir el fenómeno de que en siendo un sistema muy poderoso en el orden social, pasa á ejercer un señorío, ó al menos su influencia, en el orden político. Con entera confianza abandono estas reflexiones al juicio de los hombres pensadores; seguro de que si no las adoptan, al menos no las juzgarán desatendibles. Vivimos en una época fecunda en acontecimientos, y en que se han realizado revoluciones profundas; y por eso estamos en proporcion de comprender, los inmensos efectos de las influencias indirectas y lentas, el poderoso ascendiente de las ideas, y la fuerza irresistible con que se abren paso las doctrinas.

A esa falta de principios vitales para regenerar la sociedad, á tan poderosos elementos de disolucion como abrigaba en su seno, allegábase otro mal y no de poca cuantía, en lo vicioso de la organizacion política. Doblegada la cerviz del mundo bajo el yugo de Roma, veíanse cien y cien pueblos, muy diferentes